

aquel día solo habian de ser decentes los verdugos.

»Sale la carreta del patio y desemboca por entre la multitud. Avanza por en medio de gendarmes á pié y á caballo, en la doble hilera de guardias nacionales. La reina va vestida con su mala bata de piqué blanco y encima un jubon negro. Lleva al cuello un pañuelo de muselina blanca, medias negras, zapatos negros, con tacon de dos pulgadas de alto, á la *Saint-Huberty*. La reina no ha podido obtener ir al cadalso con la cabeza desnuda: una cofia de linon sin franja, oculta al pueblo sus cabellos enteramente blancos. La reina está pálida; pinta sin embargo la sangre sus mejillas é inyecta sus ojos; sus cejas están rígidas é inmóviles, su cabeza recta y su mirada se pasea indiferente por lo que tiene delante, por los guardias nacionales que están en hilera, por los rostros que asoman á los balcones, por las flámulas tricolores, por los rótulos de las casas.

»La carreta avanza por la calle de San Honorato. El pueblo hace retirar á los hombres de los balcones. Casi en frente del Oratorio, envia un niño levantado en alto por su madre, con su delicada manecita, un beso cariñoso á la reina... Aquel fue el único instante en que temió la reina llorar.

»Al llegar al palacio *Egalité* se inflama un momento la mirada de la reina y no se le escapa la inscripcion de su puerta.

»Algunos aplauden con las manos al tránsito de la reina; otros gritan. El caballo marcha al paso: la carreta avanza lentamente: es preciso que la reina aspire por largo tiempo la muerte.

»Delante de San Roque hace una parada la carreta, en medio de aullidos y silbidos: mil injurias se elevan de las gradas de la iglesia como una sola injuria, saludando villanamente con groseros dictados á aquella reina que marcha á la muerte. Y ella entre tanto, serena y magestuosa, perdona las injurias y no las escucha.

»Finalmente, vuelve á partir la carreta, acompañada de clamores que se dilatan delante de ella. La reina no ha hablado aun al cura Girard, solamente le indica de vez en cuando con un movimiento, que le hacen padecer los nudos de los cordeles que la oprimen, y Girard para aliviarla, apoya la mano en su brazo izquierdo. Al pasar por los Jacobinos se inclina la reina hácia él, y parece intorregarle sobre el rótulo de la puerta que ha leído mal. *Taller de armas republicanas para destruir á los tiranos*. Girard, por única respuesta levanta un Cristo de marfil. En el mismo instante, el cómico Grammont, que caracolea en rededor de la carreta, levantándose sobre sus estribos, levanta su espada, la blande, y volviéndose hácia la reina, grita al pueblo: ¡*Mírala, la infame Antonieta.... se ha... amigos míos!*»

»Era mediodía. La guillotina y el pueblo se impacientaban de esperar cuando llegó la fatal carreta á la plaza de la Revolucion. La viuda de Luis XVI desciende para morir donde habia muerto su marido. La madre de Luis XVII volvió un momento los ojos al lado de las Tullerías y se puso mas pálida que lo habia estado hasta entonces. Despues la reina de Francia subió al cadalso y se precipitó á la muerte.

»¡Viva la República! gritó el pueblo. Era Sanson que enseñaba al pueblo la cabeza de María Antonieta, mientras que debajo de la guillotina, el gendarme Minguault empapaba su pañuelo en la sangre de la mártir.»

Esta muerte es tan bella, que se deja entrever su grandeza hasta en la relacion hostil del *Monitor* (*Gaceta nacional*, núm. 936, del 6, día del 2.º mes del año II de la República francesa).

«Antonietta, á lo largo del camino, parecia ver con indiferencia la fuerza armada, que en número de mas de treinta mil hombres, formaba una doble fila en las calles por donde pasaba. No se apercibia en su semblante ni abatimiento ni altivez, y parecia insensible á los gritos de ¡*Viva la república!* ¡*abajo la tiranía!* que no cesó de oír á su tránsito: ella hablaba poco al confesor; las flámulas tricolores ocupaban su atencion en las calles de Roule y San Honorato, ella observaba tambien los letreros colocados en los frontispicios de las casas. No bien llegó á la plaza de la Revolucion, se volvieron sus miradas al lado del Jardin Nacional (las Tullerías); entonces se apercibia en su rostro las señales de una viva emocion. Subió en seguida al cadalso *con bastante valor*. Al medio cuarto de hora cayó su cabeza y el ejecutor la enseñó al pueblo en medio de los gritos, largo tiempo prolongados de ¡*Viva la República!*»

No bien cayó la cabeza, estalló una alegría salvaje entre los ciegos fanáticos; entonces solamente creyeron que habian muerto á la monarquía. El inmundo Hebert espresó en su lenguaje cínico aquella alegría furiosa y ciega: «La mayor alegría de todas las alegrías del Padre Duchesne desde que vive, es la de haber visto con sus propios ojos la cabeza de esta mujer separada de su cuello de grulla.» (*El Padre Duchesne*, núm. 299).

Y es que la reina era la monarquía aun mas que Luis XVI.

Mad. Isabel ignoró siempre el triste fin de su cuñada, y podemos decirlo ya, de su última, de su mejor amiga. Lo supuso todo, porque lo esperaba todo de los bárbaros que reinaban en Francia; pero la duda agravó su dolor. Sola al lado de la huérfana, le prodigó sus cuidados y consuelos, le enseñó á templar su jóven alma en la fe, que da toda clase de valor, y le hizo adquirir esa resignacion magestuosa, esa tristeza llena de esperanza, de recuerdos y de gravedad, que distinguieron mas adelante á la duquesa de Angulema.

Los verdugos de Luis XVI, de María Antonieta, del Delfin, no olvidaban, no obstante, el atormentar á estas dos víctimas. La municipalidad las redujo poco á poco á lo mas estrictamente necesario. Minuciosos registros les fueron quitando día por día, no solamente los pocos objetos de lujo que habian aun conservado, lo cual les importaba poco, sino tambien todos los recuerdos de sus queridos muertos, de sus amigos ausentes.

La resignacion, la confianza en Dios, hacian soportarlo todo á las dos presas. Mad. Isabel, para confirmarse mejor en este abandono del alma, componia esta admirable oracion.